PALABRAS DE DESPEDIDA AL EQUIPO DE TRABAJO

Querido equipo: hoy quiero hablarles menos como magistrada y mucho más como Alba.

Gracias. Gracias de corazón. Fui profundamente feliz siendo magistrada del Consejo Nacional Electoral. Lo digo hoy con enorme tranquilidad: fui muy feliz y una parte inmensa de esa felicidad se la debo a ustedes.

No fuimos solamente un despacho. Fuimos un equipo que creyó, algunas veces con una intensidad enorme que, desde un expediente, una audiencia, un concepto, una cuenta, una comunicación, una pieza gráfica, una decisión o una conversación con un ciudadano también se podía defender la democracia y lo hicimos con fervor, pero, sobre todo, con probidad.

GRACIAS a quienes hicieron posible nuestra tarea

A quienes fueron nombrados durante mi magistratura y prestaron sus servicios en otras dependencias del CNE, quiero decirles algo muy sencillo: aunque no estuvieran en mi despacho, siempre los sentí parte de este equipo.

Me siento orgullosa de ustedes porque entendieron que un nombramiento nunca fue un favor ni una deuda conmigo: fue la oportunidad y el privilegio de servirle al país y la enorme mayoría respondió con trabajo, probidad y compromiso con lo público.

Espero haberles dado siempre la libertad para ejercer sus responsabilidades con criterio propio. Nunca quise que fueran leales a mí por encima de sus deberes; quise que fueran leales a la institución, a los ciudadanos y a la democracia.

Gracias por haber honrado esa oportunidad y por haberme hecho sentir orgullosa de haberlos escogido.

Ahora que me voy, les pido que sigan sirviendo con la misma entrega a quienes lleguen. Nosotros pasamos; Colombia permanece. Y haber tenido la posibilidad de servirle juntos será siempre motivo de orgullo y de afecto para mí.

GRACIAS al Fondo de Financiación

Quiero agradecer especialmente al equipo del Fondo de Financiación. Ustedes tuvieron una responsabilidad enorme: revisar las cuentas que financian la actividad política y aquellas de las cuales depende la reposición estatal de votos.

Me hicieron sentir orgullosa porque nuestro despacho asumió seriamente esa tarea. Ustedes revisaron, corrigieron, preguntaron, volvieron a revisar y compartieron oportunamente la información con quienes debían preparar los informes de gastos de funcionamiento y reposición de votos de las organizaciones políticas que llegaban a sala. Muchas veces esos asuntos llegaron sin mayores reparos precisamente porque detrás había existido un trabajo silencioso y riguroso y allí aprendimos muchísimo.

Defendimos los recursos públicos. En algunos casos nuestras posiciones contribuyeron a modificar criterios sobre la liquidación y reconocimiento de recursos; en otros no fuimos escuchados. Así funciona también una institución colegiada. Pero siempre dejamos nuestra posición.

Pero también aprendimos que revisar con rigor no significa poder garantizar la transparencia de todos los recursos de la política. Nuestro control llega hasta donde llegan nuestras competencias y la información que conocemos. Por eso, cuidar la democracia exige fortalecer cada vez más la transparencia y el control de su financiación.

GRACIAS al equipo jurídico

A nuestro equipo jurídico quiero darle las gracias de una manera muy especial. Ustedes no solamente ayudaron a resolver expedientes. Ayudaron a construir doctrina.

Gracias por comprender una regla que para mí fue innegociable: nosotros nunca debíamos acomodar el derecho a la decisión que queríamos tomar; debíamos buscar la decisión que correspondiera a la Constitución y a la ley.

Gracias por seguir mis instrucciones y las que transmitía a través de Camila, quien tuvo un papel especialmente importante en la coordinación del trabajo jurídico del despacho y en procurar que nuestras orientaciones se tradujeran con rigor en cada actuación. Camila valoro tu dedicación, tu capacidad de trabajo y todo lo que aportaste durante estos años. Gracias también a todos ustedes por discutir, estudiar, corregir y volver a estudiar cada asunto cuantas veces fue necesario.

Entregamos un despacho con cerca de cien expedientes. Pero para mí el verdadero resultado no es ese número. Lo importante es que dejamos líneas jurídicas claras en distintos tipos de investigaciones. Líneas que no respondieron al capricho de Alba Lucía Velásquez, sino a nuestro esfuerzo por comprender qué quiso el Constituyente, qué estableció el legislador y cuál debía ser la responsabilidad de una autoridad electoral dentro de un Estado Social de Derecho.

También revisamos con rigor los proyectos de los demás despachos. Respetamos profundamente a cada magistrado ponente, pero nunca confundimos respeto con silencio. Cuando consideramos que estaban comprometidos el derecho, la voluntad popular, los recursos públicos o la democracia, hablamos, nos pronunciamos con determinación.

Algunas de nuestras posiciones pudieron parecer excesivamente audaces, extrañas o difíciles de entender en un primer momento. Pero tenían una explicación sencilla: una autoridad electoral no existe para decidir lo conveniente; existe para garantizar el derecho, incluso cuando hacerlo resulta incómodo.

Trabajamos sin parar. Hubo ponencias estando yo en comisión, en vacaciones e incluso en incapacidad. No digo esto para glorificar el exceso de trabajo, también debemos aprender a cuidarnos, sino para reconocer que ustedes nunca dejaron caer el despacho.

En estos últimos días me tuvieron una paciencia infinita. Ratificar la voluntad popular produce una responsabilidad difícil de explicar. Yo desconfiaba, preguntaba, volvía a preguntar y pedía verificar otra vez. Esa desconfianza no era contra ustedes: era el temor humano de equivocarnos cuando detrás de un número estaba la voluntad de la ciudadanía. Al final dijimos lo que teníamos que decir y aprendimos juntos algo que nunca olvidaré: la democracia también se cuenta, se verifica, se registra y se cuida.

Al equipo de género, discapacidad y diversidad

Aquí tengo que detenerme un poco. A ustedes, mil y mil gracias. Si me preguntaran qué parte de mi trabajo como magistrada llevo más profundamente en el corazón, tendría que hablar de ustedes.

Trabajamos por las mujeres, por las personas LGBTIQ+, por quienes viven en los territorios y por tantos ciudadanos que durante demasiado tiempo han tenido que luchar simplemente para que la democracia los vea.

Pero mi bandera principal seguirá siendo la garantía de los derechos políticos de las personas con discapacidad. No existe democracia plena mientras una persona encuentre una barrera para decidir, para votar, para ser candidata, para recibir información electoral, para ingresar a un puesto de votación, para comunicarse con una autoridad o simplemente para ser reconocida como sujeto político.

Me enseñaron que inclusión no significa invitar a alguien a entrar a una democracia diseñada por otros. Significa transformar la democracia para que desde su construcción quepamos todos y todas y me enseñaron muchísimo sobre diversidad sexual y de género. Danielita gracias por ayudarme a mirar realidades que mi generación no siempre aprendió a comprender suficientemente. A mi edad descubrí algo maravilloso: todo lo que todavía me falta por aprender.

Hicimos estudios, propuestas, proyectos, encuentros, documentos y publicaciones. Algunas de esas causas recibieron reconocimientos nacionales e internacionales. Los agradezco profundamente, pero tengo claro algo: ningún reconocimiento fue solamente mío.

Cada premio, cada invitación, cada espacio internacional y cada persona que conoció nuestro trabajo llevaba detrás las horas, las ideas, las discusiones y el compromiso de ustedes. Por eso, esos reconocimientos también les pertenecen. Pero nuestro mayor reconocimiento nunca será una placa ni un diploma.

Será saber que alguna mujer participó con menos miedo; que alguna persona trans sintió que una autoridad electoral también la reconocía; que una persona con discapacidad encontró menos barreras; o que un ciudadano comprendió que la democracia también le pertenecía. Eso vale más que cualquier premio.

GRACIAS al equipo de comunicaciones

A mi equipo de comunicaciones le debo una de las experiencias más hermosas de estos cuatro años. Ustedes hicieron muchísimo más que manejar redes sociales.

Me prepararon para entrevistas, atendieron medios, ayudaron a explicar decisiones jurídicas complejas, redactaron mensajes, siguieron la conversación pública, identificaron riesgos, acompañaron momentos difíciles y, especialmente, ayudaron a que nuestras posiciones no se quedaran encerradas entre las paredes del CNE.
Porque una autoridad electoral no solamente tiene que decidir bien, también tiene que ser capaz de explicarle al ciudadano por qué decidió.

Gracias a ustedes el país conoció nuestras posiciones jurídicas, pero también nuestras causas: democracia, mujeres, discapacidad, diversidad, territorio, jóvenes, participación y defensa de lo público y me regalaron algo que no esperaba: me acercaron profundamente a los jóvenes. No quisimos hablar sobre los jóvenes, intentamos hablar con los jóvenes.

Escuchamos sus preguntas, sus inconformidades, sus lenguajes, sus propuestas y también sus críticas. “Los jóvenes no comen cuento” resumía justamente eso: una generación que pregunta, que cuestiona, que no acepta respuestas prefabricadas y que reclama participar directamente en las decisiones que determinarán su futuro. Trabajar con ellos rejuveneció mis ideas.

Aprendí otras maneras de comunicar, otras sensibilidades, nuevas tendencias culturales y nuevas formas de entender la inclusión y la participación y comprendí algo que quisiera que nunca olvidemos: una democracia que no escucha a sus jóvenes está renunciando a su propio futuro.

De esos encuentros nacieron relaciones extraordinarias con organizaciones juveniles de Colombia y de otros países. Llegaron reconocimientos internacionales por ese trabajo y se abrieron puertas que yo seguramente nunca habría encontrado sola.

Si esas organizaciones me conocieron fue porque ustedes hicieron visible nuestro trabajo; y si yo pude conocerlas, escucharlas y aprender de ellas, también fue gracias a ustedes. Por eso esos reconocimientos son suyos y por encima de cualquier reconocimiento, me queda la felicidad de haber compartido con tantos jóvenes. Me llevo sus preguntas, sus irreverencias, su manera distinta de mirar el mundo y esa capacidad de recordarnos que la democracia siempre puede hacerse mejor.

También lograron otra hazaña: ayudarme a perderle un poco el miedo a la prensa. Todavía tiemblo cuando hablo, eso no lo pudieron corregir del todo, pero estoy aprendiendo a enfrentar una cámara, una entrevista y una pregunta difícil. Aprendí que esconderse de la prensa tampoco es una buena manera de ejercer una responsabilidad pública. Ustedes fortalecieron mi conexión con el país y eso me hizo inmensamente feliz.

Me queda una tarea pendiente: La Boletina. No quiero llamarla frustración. Prefiero llamarla una promesa inconclusa. Quise que más personas de nuestro despacho escribieran porque conozco las enormes capacidades que tienen. No alcanzamos a hacerlo como soñaba.

Pero La Boletina seguirá viva. Mujeres, discapacidad, diversidad, jóvenes, territorio y democracia seguirán teniendo allí un espacio y ojalá sea un espacio sideral. Espero que algunos de ustedes sigan escribiendo conmigo.

GRACIAS al equipo de revisiones y firma

Al equipo de revisiones y firma, gracias por ser el último y riguroso filtro de todo lo que salía de nuestro despacho. Por volver a leer cuando todos creíamos que ya estaba listo, encontrar lo que se nos había escapado, preguntar ante la duda y entender que ningún documento era un simple trámite.

Esa revisión cuidadosa protegía nuestras decisiones, pero también mi nombre y la responsabilidad institucional que cada firma representaba.

Y a Esperanza, un agradecimiento muy especial. Después de todo ese proceso, eras tú quien finalmente tenía la responsabilidad de firmar por mí. Delegarte mi firma fue confiarte algo profundamente serio: mi nombre, mi responsabilidad y mi palabra como magistrada. Y siempre comprendiste la dimensión de lo que tenías en tus manos.

Por eso me voy con una enorme gratitud hacia todas ustedes: unas cuidaron con rigor aquello que debía firmarse y Esperanza tuvo la responsabilidad de poner mi firma. Entre todas cuidaron algo que para mí era sagrado: la responsabilidad del despacho.

Gracias por honrar esa confianza. Las quiero mucho.

GRACIAS a un equipo sencillamente extraordinario: técnicos y auxiliares administrativos

A nuestros técnicos y auxiliares administrativos quiero decirles algo muy sencillo: ustedes son lo máximo. Su trabajo es mucho más potente de lo que a veces alcanza a reconocer una estructura administrativa. Ustedes no simplemente apoyan la gestión: la mueven, la dinamizan y hacen que las decisiones se conviertan en realidad.

Y quiero reconocer algo que para mí siempre fue evidente: muchos de ustedes son profesionales, con formación, experiencia y enormes capacidades, que se desempeñan como técnicos porque esa fue la posibilidad laboral que encontraron dentro de la entidad. El nombre del cargo nunca definió el tamaño de su talento. Por el contrario, muchas veces aportaron conocimientos y asumieron responsabilidades que demostraron todo lo que podían dar.

Ustedes conocen la entidad, anticipan problemas, encuentran soluciones y hacen que las cosas sucedan. Eso es conocimiento institucional, experiencia y compromiso con lo público. Eso también es construir Estado.

Nunca los vi como un equipo secundario. Fueron parte esencial de lo que hicimos. Detrás de cada expediente que avanzó, de cada audiencia que pudo realizarse y de cada ciudadano que obtuvo una respuesta, hubo también inteligencia, experiencia y trabajo de ustedes.

Ustedes no estuvieron detrás de nuestro trabajo. Estuvieron dentro de él. Y en mucho de lo que logramos están sus manos, su conocimiento y su corazón. Los admiro, los quiero y me voy profundamente agradecida con ustedes.

GRACIAS a Blanquita y al equipo de servicios generales

A Blanquita y a todo el equipo de servicios generales, que hoy no está aquí, quiero enviarles uno de mis abrazos más agradecidos.

Durante años llegamos a trabajar y encontramos nuestro espacio dispuesto y perfecto. Estaba limpio, organizado, había café, agua, una mano cuando algo se necesitaba y, muchas veces, una sonrisa antes de comenzar jornadas que serían muy difíciles y quizás por la rutina no siempre nos detuvimos a pensar quién había hecho posible que nosotros simplemente llegáramos y pudiéramos dedicarnos a trabajar: ustedes.

Hay trabajos que injustamente se vuelven invisibles precisamente porque se hacen bien todos los días. Yo hoy quiero hacer visible el de ustedes.

Gracias por cuidarnos sin hacer ruido. Gracias por la disposición, por el cariño y por esa dignidad con la que hicieron su trabajo. La democracia también necesita de quienes cuidan a quienes tienen la responsabilidad de cuidarla.

GRACIAS al personal de vigilancia

Al personal de vigilancia, mi cariño y gratitud. Fueron muchas veces el primer saludo al llegar y el último al terminar nuestras largas jornadas. Gracias por su amabilidad, su disposición y por cuidarnos todos los días, muchas veces desde una labor silenciosa que merece todo nuestro reconocimiento. Me llevo sus rostros y sus saludos con mucho cariño.

GRACIAS a quienes cuidaron mi seguridad

A Jeisenberg Páez, siempre Páez, gracias de corazón por su profesionalismo, paciencia y compañía y don Manuel Rojas quien me aguantará por algunos días más. Al principio me costó acostumbrarme a tenerlos siempre cerca; hoy me llevo por ustedes un enorme cariño y gratitud. Gracias por cuidar a la magistrada, pero sobre todo por cuidar a Alba Lucía.

Un agradecimiento muy especial

Quiero mencionar especialmente a Claudia Garay, Adriana Charari y Reinaldo Dussán, con quienes, además del trabajo, he compartido muchos años de conversaciones, preocupaciones y sueños sobre la política y el país.

A Claudia, gracias por algo que para mí tiene un valor enorme: tu sinceridad y, sobre todo, tu sensibilidad. Dices lo que piensas, preguntas sin temor lo que no entiendes y tienes una capacidad muy especial para reconocer esa fragilidad que muchas veces intento que no se vea.

Has estado ahí en mis momentos más vulnerables, conmoviéndote con mis dolores y mis indignaciones como si también fueran tuyos, sin que tenga que pedirte que estés. A veces pareces brava, pero detrás de esa apariencia hay una mujer profundamente sensible, auténtica y humana. Gracias, Claudia, por cuidarme también desde el afecto. Te quiero mucho y nunca olvidaré que supiste acompañarme precisamente cuando menos fuerte me sentía.

Con Adriana la historia viene desde 2007, cuando emprendimos por Cundinamarca esa cruzada, que todavía no termina, por construir un mejor departamento y país. Hemos vivido momentos difíciles y enormes satisfacciones; hemos peleado (solo por minutos) y nos hemos reconciliado, y siempre he encontrado en ti paciencia, coherencia y una enorme capacidad de trabajo. Cuando llegamos al CNE fuiste injustamente cuestionada por no ser abogada y terminaste demostrando que el compromiso, el criterio y la consagración no los otorga un título profesional. Por algo, cariñosamente, te digo “la negrera”. Sabes trabajar, sabes defender la entidad y sabes lo que significa cuidar lo público.

Y a Reinaldo, amigo y compañero de muchos caminos políticos, gracias por tantos años compartidos, por nuestras conversaciones sobre el país y por tu permanente preocupación por el bienestar de los trabajadores y por lo que viene para Colombia. Haber compartido estos años fue muy satisfactorio.

A los tres, gracias por haber compartido conmigo no solamente este periodo en el CNE, sino también una parte importante del camino, de las discusiones y de los sueños que todavía tenemos por este país.

Y cierro estos AGRADECIMIENTOS con Yisell.

La persona que me soporta de domingo a domingo, prácticamente desde que abre los ojos hasta que los cierra; que me recuerda mil veces lo que yo logro olvidar mil y una; que organiza una agenda que yo desorganizo, la vuelve a organizar, la cambia otra vez y, casi siempre, lo hace con una paciencia que todavía no entiendo. Pero su trabajo ha sido muchísimo más que llevar mi agenda.

Ha sido quien me ayuda a cerrar esas decisiones que me cuesta terminar; quien sabe cuándo todavía estoy inconforme con un texto y tenemos que volver sobre él; quien sirve de puente con las demás dependencias y muchas veces logra, con serenidad y buen juicio, que las relaciones y el trabajo fluyan cuando yo ya he perdido un poco la paciencia.

Ha conocido mis días buenos y los no tan buenos, mis certezas y mis dudas, mis carreras y mis olvidos y si algo quiero destacar por encima de todo es esto: he podido confiar absolutamente en ella.

En un cargo donde la confianza es tan difícil de entregar y tan fácil de defraudar, tener al lado una persona a quien se le puede confiar una decisión, una preocupación, una conversación o simplemente un silencio es un privilegio enorme.

Gracias Yisell por cuidarme, por organizarme, por aterrizarme, por acompañarme y, sobre todo, por ser leal. Espero que esa confianza nunca cambie, porque pocas cosas tienen tanto valor en la vida y en el servicio público como saber que la persona que está a nuestro lado es digna de nuestra confianza. Gracias por estar ahí todos los días. Y cuando digo todos, son todos. Te quiero muchísimo y me llevo una gratitud que difícilmente puedo poner en palabras.

Una palabra sobre la lealtad

Antes de terminar quiero pedirles algo que la vida me ha enseñado a valorar profundamente: sean leales. La lealtad no es obedecer ni decir siempre que sí. La verdadera lealtad se demuestra cuando el otro no está: es cuidar su confianza, decir de frente lo que se piensa y saber discrepar sin traicionar y quienes servimos al Estado tenemos una lealtad todavía mayor: con la Constitución, con lo público, con la democracia y con los ciudadanos y especialmente con su dignidad que para mí esta en un plano superior.

Sean leales con quien llegue, pero también con las causas que defendimos, especialmente con quienes todavía luchan para que sus derechos sean reconocidos. Nosotros pasamos. Las instituciones permanecen y las causas que valen la pena deben sobrevivirnos.

Sobre Joaquín

Hablando de lealtad, tengo que hablar de Joaquín. Ha sido para mí una de esas personas cuya lealtad se demuestra todos los días, sin discursos y sin necesidad de hacerla notar. Siempre atento, siempre dispuesto, siempre pendiente de lo que necesito, muchas veces incluso antes de que yo tenga que pedirlo.

Formalmente ha sido mi conductor, pero reducir estos años a esa función sería profundamente injusto. Joaquín ha sido compañía, cuidado, servicio y confianza. Ha estado en jornadas interminables, en las carreras de todos los días, en los cambios de último minuto y en tantos momentos en los que simplemente necesitaba saber que alguien estaba ahí. Y has estado, Joaquín. Con discreción, con respeto, con una disposición que nunca cambia y con una lealtad que valoro profundamente.

Y finalmente, a mi familia

No podría terminar sin agradecer a quienes pagaron silenciosamente buena parte del costo de que yo pudiera dedicar estos años al servicio público. A mi esposo, Beto: gracias por acompañarme, por esperarme y por amarme.

A mis hijos, Liney y Sergio; a mis nietos, Salvador y Guadalupe; a mi yerno Yesid; a mis padres, a mis hermanos y a toda mi familia: gracias por prestarle tantas horas de nuestra vida a Colombia.

Y tengo que nombrar a Mauricio. No voy a decir mucho porque sé que ahí mi voz probablemente no pueda seguir. La muerte de un hijo cambia para siempre la manera de estar en el mundo. Pero en medio de ese dolor inmenso, ustedes mi familia y también este equipo, me ayudaron a seguir.

Mauricio estará conmigo en todo lo que haga mientras tenga vida. Por eso hoy no quiero terminar hablando desde la tristeza. Quiero terminar hablando desde la esperanza.

Me voy feliz

Me voy feliz y en paz, con la certeza de haber servido a Colombia con todas mis convicciones y con la fortuna de haberlo hecho junto a ustedes. Estos años me dejaron una verdad sencilla: el poder nunca fue nuestro; siempre fue de la ciudadanía. Nosotros solo tuvimos el privilegio de cuidarlo por un tiempo.

Termina mi cargo, no mi compromiso. Mientras tenga vida, Colombia seguirá siendo mi causa. A ustedes les dejo una sola petición: sirvan siempre con honestidad, lealtad y humanidad. No a una persona, no a un partido, no a un gobierno: a Colombia y a su democracia. Los quiero. Gracias por tanto y por todo. Con inmenso cariño.